



# Crisis climática vs intereses económicos

En un mundo al borde de una crisis climática, Nazareno nos advierte que debemos dejar de esperar que otros la resuelvan. Nos cuenta de forma muy clara lo que ocurre dentro de las negociaciones internacionales, como el Acuerdo de París, y por qué es importante que comencemos a escuchar a nuestro amigo ecologista.

Por Nazareno Castillo Marín\*

Todos tenemos un amigo ecologista quién se queja de los vasos descartables o los va siguiendo por la casa apagando la luz, o en la oficina manda un mail que dice: ¡No me imprimas!

Al principio me causaba gracia, me parecía exagerado, pero a la larga le dí la razón. Creo que todos le dimos la razón ya que la manera en que vivimos, lo que consumimos, va dejando una huella de emisiones. Para un argentino promedio el tamaño de esa huella es 6 tn de huella de carbono al año. Pero ¿de donde salen estas emisiones?

Una chimenea echando humo todo el tiempo, 24 horas los 365 días del año. Es la chimenea de una planta termoeléctrica que genera la electricidad quemando un combustible fósil para que todo funcione.

Los productos que adquirimos también tienen una huella de carbono. Para fabricar una camisa se generaron emisiones en los cultivos de algodón, en la industria textil y en el transporte que lo llevó al comercio donde la adquirí. Todas esas emisiones hacen la huella de carbono de la camisa, y yo como su comprador soy

el responsable indirecto esta emisión. Si viviéramos en Suecia podríamos contabilizar estas emisiones, allí ya existe la primera tarjeta de crédito que indica el impacto climático de estos consumos. Los que la tienen van sumando con cada compra sus emisiones asociadas: un pasaje aéreo sumó 300 kilogramos por las emisiones de la quema de combustible, una hamburguesas sumó 50 kilogramos por las emisiones de la vacas, una resma de papel sumó 100 kilogramos por las emisiones de la tala de árboles y así van sumando emisiones hasta que llegan a un límite y la tarjeta se bloquea.

Esta bueno preguntarse qué estaríamos nosotros dispuestos a dejar de consumir para no pasar ese límite. Cuando me recibí de biólogo, mi amigo ecologista ya llevaba años taladrándome la cabeza con esto de reducir la huella y yo ya había cambiado muchos de mis hábitos, pero aún no estaba satisfecho. Los impactos del cambio climático estaban cada vez más visibles y yo quería estar allí, donde se están tomando las decisiones para hacerle frente. Fue así como empecé mi carrera en la Secretaría de Ambiente. Los siete años





que fui director de cambio climático me sirvieron para confirmar el rol clave que los gobiernos juegan, en primer lugar, con respecto a las medidas para adaptarnos y prepararnos frente al cambio en el clima; en segundo lugar, estableciendo los incentivos necesarios para que la reducción de emisiones ocurran. Incentivos como los programas de etiquetado ambiental que nos ayudan a comprar de una manera más sustentable o las acciones que promueven el uso de la bicicleta o el transporte público en detrimento del uso del auto.

En otra escala, los países, también tienen una huella de carbono que depende de la actividad principal de su economía, de la energía que utilizan y del estilo de vida de sus habitantes. Los países que tienen una economía basada en el campo o en la industria pesada en general tienen huellas de carbono mayores que aque-

llos países que basan su economía en servicios. Los países que generan su electricidad exclusivamente de la quema de combustibles fósiles suelen tener mayores emisiones que aquellos que lo hacen incorporando también energías renovables, como la eólica y la solar que permiten que cada vez que encendemos la luz haya menos chimeneas emitiendo.

Las medidas para combatir el calentamiento del planeta afectan los intereses de otros países, por lo que es necesario negociar acuerdos. Los acuerdos climáticos surgen por primera vez en la Cumbre de la Tierra de 1992, en respuesta de las alertas de un panel global de científicos. Este panel, conocido como el IPCC, ganaría después el premio Nobel por sus aportes al conocimiento de las emisiones y sus efectos sobre calentamiento del planeta.



Todos los años los países se reúnen a negociar estos acuerdos en el marco de cumbres del clima. Yo recuerdo muy bien la primera vez que participe en una de estas cumbres, en Bali, Indonesia, habían llegado representantes de más de cien países, presidentes, cancilleres, ministros de ambiente, diplomáticos, todos juntos en los salones de un hotel que era imponente, en los alrededores había miles de activistas que llevaban adelante manifestaciones con el objeto de presionar a los negociadores para que los acuerdos avanzaran más rápidamente.

Yo había recibido instrucciones muy claras de mi gobierno para proteger nuestros intereses comerciales. Eso en la negociación significaba no aceptar límites a nuestra capacidad de explotar recursos naturales, como el petróleo y los bosques. Por el contrario, yo

creía firmemente que en la Argentina había que hacer algo para detener los desmontes. De repente, me encontré dudando si realmente estaba jugando en el equipo correcto ya que los intereses de mi país, al menos, en ese punto, no iban en línea con los intereses del planeta. Incluso me cuestioné si no debería cruzar la barrera de seguridad que me separaba de los activistas climáticos y unirme a sus protestas, a sus reclamos por metas más ambiciosas. Estos intereses contrapuestos, que son comunes a muchos negociadores, son una de las razones por las cuales estas cumbres producen resultados pobres. En realidad estas cumbres no se diferencian demasiado de las reuniones de mi consorcio, donde llevamos años discutiendo que hacer con la caldera. Todos presentamos nuestras posiciones, negociamos y, finalmente, llegamos a un acuerdo. Los que tenían departamentos de superficie mayor cubrirían una mayor parte de los costos.

Por otro lado, en la negociación internacional los países nunca se han puesto de acuerdo sobre como distribuir los costos para arreglar el cambio climático. Algunos piensan que los países como Estados Unidos, que son responsables de las mayores emisiones históricas, deberían cubrir la mayor parte. Otros, en cambio, creen que el criterio a utilizar debería ser el nivel de emisiones hoy, que ubica a países como China en los primeros lugares, y así, entre la búsqueda de financiadores y responsables estamos hace años, y mientras tanto la caldera Tierra sigue sobrecalentando.


Los acuerdos climáticos van evolucionando todo el tiempo, en el Protocolo de Kioto, de 1997, las metas de reducción de emisiones eran solo para los países desarrollados. Más recientemente, en el Acuerdo de París, de 2015, las metas se extienden a todos los países que en conjunto proponen mantener el incremento de la temperatura por debajo de los 2 grados. Vale aclarar

que la Tierra se viene calentando desde el inicio de la revolución industrial y que al presente la temperatura ya se incrementó en un 1 grado, piensen en todo lo que eso ya significó, los huracanes que han devastado islas completas en el caribe, las olas de calor en la Unión Europea, las inundaciones y las sequías que hemos tenido aquí en Argentina, ahora imaginen eso un grado más.

El Acuerdo de París fue firmado por 200 países, pero entre ellos, solamente 15, encabezados por China y Estados Unidos, concentran el 70% de las emisiones del planeta. El acuerdo también incluye a islas como Tuvalu que tienen el 0,00001% de las emisiones, es decir, nada. ¿Qué motiva a una isla como Tuvalu y a otros tantos países con emisiones ínfimas a participar de estos acuerdos? Mi experiencia en la negociación me ayudó a concluir que estos acuerdos no son solo climáticos, sino que para algunos son también acuer-

dos comerciales, para otros de desarrollo, para otros son acuerdos humanitarios. Detrás de cada párrafo se esconden intereses nacionales que en general priman por intereses globales, intereses económicos como los que tienen los países petroleros que ven estos acuerdos como una barrera a los combustibles que producen. Sin embargo para algunos priman los intereses de sobrevivencia ya que Tuvalu y otras islas ven estos acuerdos como la salvación, con la posibilidad de detener el incremento del mar que pone en riesgo su completa existencia. Por otra parte detrás de estos intereses también se esconden las razones por las que Estados Unidos ha anunciado que abandonará el Acuerdo de París ya que lo ven como una amenaza a su persistencia como primera potencia mundial. Consideran que las metas de reducción de emisiones en su territorio incrementarán sus costos de producción y que eso los hará perder competitividad frente a otros





# El impulso crece. La energía también.

Parque Eólico Aluar

Ya se encuentra finalizada la segunda etapa de puesta en funcionamiento de aerogeneradores del Parque Eólico Aluar, y comenzaron los avances hacia la tercera etapa.

Creamos un futuro limpio y sustentable.



  
**aluar**  
aluminio argentino



países como China, que tendrían metas menos exigentes. En la negociación también se juegan cuestiones éticas vinculadas con la equidad.

Un ciudadano promedio en Estados Unidos consume 5 veces más productos y servicios que uno en China. Mejorar el nivel de vida de los chinos, al menos lograr que todos accedan a una heladera y a un inodoro indefectiblemente incrementará las emisiones de este país. No me mal interpreten, no estoy diciendo que China deba seguir el mismo camino de desarrollo que países como Estados Unidos, porque eso fue lo que nos llevó al problema. Hoy tenemos conocimiento y tecnología que permiten que los países se desarrollen de una manera más sustentable, pero no se equivocan, con eso solo no alcanza, además hay que reducir el consumo, hay que desmaterializar la economía, dicho en términos criollos, para el ambiente un sorbete de cartón es mejor que un sorbete de plástico, pero

mucho mejor es si podemos prescindir de ellos.

Para finalizar, quisiera volver a ese amigo ecologista, ese loco lindo que todos tenemos y que muchas veces ignoramos, ese que algunos llaman "conciencia ambiental". El planeta necesita que le prestemos mucha más atención, necesita que en nuestros eventos limitemos el uso de descartables, que en nuestras oficinas imprimamos solo lo necesario, que en nuestras casas ahorremos energía, que para movernos usemos lo menos posible el auto.

Los avances en la implementación del Acuerdo de París son lentos, es como la negociación del consorcio del infierno, todos se están quemando pero en lugar de preocuparse por apagar el incendio cada uno está intentando salvar lo que puede de su departamento. Por eso necesitamos otro tipo de acuerdo, uno que incluya a todos los ciudadanos que están dispuestos a vivir de una manera más sustentable, uno en el que no importen las nacionalidades, porque lo que se defiende es el lugar común. A lo largo de todo el planeta ya hay millones de ciudadanos que se están organizando, que sin importar la posición del gobierno de su país están empezando a cambiar sus estilos de vida, esos ciudadanos globales, entre los que espero que estén todos ustedes, ya comprendimos, ya nos dimos cuenta que si de verdad queremos que el clima no cambie tenemos que empezar por cambiar nosotros.

\* Nazareno Castillo Marín. Biólogo que desde sus inicios se interesó por el calentamiento global. Fue así como comenzó su carrera en la Secretaría de Ambiente de la Nación, donde ocupó el cargo de Director de Cambio Climático durante siete años, negociando por el país en la Convención de Naciones Unidas y coordinando el equipo que preparó la primera contribución que presentó la Argentina en el marco del Acuerdo de París.